¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Tus alas de mujer se han desgarrado. ¡Mira! ¡mira cómo sangran tus hombros! «Pérfida como la onda,» envenenaste la flecha. No esperes que nadie diga a tu espíritu como a un nuevo Lázaro: *Levántate i anda.* Tú no has muerto, pero eres víctima de una anemia fatal. Tu enfermedad es incurable. Además, hai en ti una gran parálisis. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Despreciaste mis palabras que eran precursoras del triunfo. Un desprecio puede equivaler a una derrota innoble; i tú, bella mujer, no quisiste comprenderlo. El índice de mi diestra te señalaba la senda donde la luz parece no haber conocido jamás el ocaso. En cambio divagaste por el vasto dominio de las sombras, donde el sol—la inmensa hostia de sangre—declina esfumado en encajes de nieblas, i el occidente, como una enorme garganta dilatada, permanece en acecho. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube!....

I la voz calló....

III

Volvieron los días de mucho sol i mucho cielo. La primavera colocaba sobre todas las cosas su amplia clámide radiante. Ceñíanse los bosques sus cascos de esmeralda i elevaba la naturaleza el grandioso himno de la vida. En cada ser había una vibración i en cada piedra un fulgor. Era la naturaleza una soberbia lira que pulsaba con intenso cariño el bondadoso espíritu de la estación de mucha savia i mucho azul.

I la misma voz que oí en los días en que el invierno cubre las frondas con su enorme sudario de piel de armiño, llegó hasta mí.

Escucha lo que decía aquella voz rara i agradable:

¡Imposible!....

I la voz calló....

I cada flor era un sahumador, i cada onda era una caricia, i cada beso de luz de aquel gran sol vernal era una mariposa de mil colores aleteando alegre i juguetona por la infinita bóveda silente....

Oscar G. Ribas.

EL ENCAJE ROTO

Convidada a la boda de Micaelita Aránguis con Bernardo de Meneses, i no habiendo podido asistir, grande fué mi sorpresa cuando supe al día siguiente—la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en la casa de la novia—que ésta al pie del mismo altar, al preguntarle el Obispo de San Juan de Acre si recibía a Bernardo por esposo, soltó un *no* claro i enérgico; i como reiterando con extrañeza la pregunta se repitiese la negativa, el novio, después, de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, deshaciéndose la reunión i el enlace a la vez.

No son inauditos casos tales, solemos leerlos en los periódicos; pero ocurren entre gente de clase humilde, de mui modesto estado, en esferas donde las conveniencias sociales no embarazan la manifestación franca i espontánea del sentimiento i de la voluntad.

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita, era el medio ambiente en que se desarrolló. Parecíame ver

el cuadro i no podía consolarme de no haberlo contemplado por mis propios ojos. Figurábame el salón atestado, la escogida concurrencia, las señoras vestidas de seda i terciopelo, con collares de pedrería, al brazo la mantilla blanca para tocársela en el momento de la ceremonia; los hombres con resplandecientes placas o luciendo veneras de órdenes militares en el delantero del frac; la madre de la novia, ricamente prendida, atareada, solícita, de grupo en grupo, recibiendo felicitaciones; las hermanitas, conmovidas, mui monas, de rosa la mayor, de azul la menor, ostentando los brazaletes de turquesas, regalo del cuñado futuro; el Obispo que ha de bendecir la boda, alternando grave i afablemente, sonriendo, dignándose soltar chanzas urbanas, o discretos elogios; mientras allá en el fondo se adivina el misterio del oratorio revestido de flores, una inundación de flores blancas, desde el suelo hasta la capilla, donde convergen tadíos de rosas i de lilas como la nieve, sobre rama verde, artísticamente dispuesta; i en el altar, la efigie de la Virgen, protectora de la aristocrática mansión, semioculta por una cortina de azahar; el contenido de un departamento lleno de azahar que envió de Valencia el riquísimo propietario Aránguis, tío i padrino de la novia, que no vino en persona por viejo i achacoso; detalles que corren de boca en boca, calculándose la magnífica herencia que espera a Micaelita, una esperanza más de ventura para el matrimonio, el cual iría a Valencia a pasar su luna de miel. En un grupo de hombres me representaba el novio, algo nervioso, ligeramente pálido, mordiéndose el bigote sin querer, inclinando la cabeza para contestar a las delicadas bromas i a las frases halagüeñas que le dirigen.

I por último, ver aparecer en el marco de la puerta que da a las habitaciones interiores, una especie de aparición. la novia, cuyas facciones apenas se divisan bajo la nubecilla del tul, i que pasa haciendo crujir la seda de su traje, mientras en su pelo brilla como gotas de rocío la rosa antigua del aderezo nupcial.... I ya la ceremonia se organiza, la pareja avanza conducida por los padrinos, la cándida figura se arrodilla al lado de la esbelta i airosa del novio.... Apíñase en primer término la familia, buscan buen sitio para ver amigos i curiosos, i entre el silencio i la respetuosa atención de los circunstantes.... el Obispo formula una interrogación, a la cual responde un *no* seco como un disparo, rotundo como la bala. I—siempre con la imaginación—notaba el movimiento del novio, que se revuelve herido, el ímpetu de la madre, que se lanza como para proteger i amparar a su hija; la insistencia del Obispo, forma de su asombro, el estremecimiento del concurso, el ansia de la pregunta transmitida en un segundo: ¿Qué pasa? ¿Qué hai? ¿La novia se ha puesto mala? Que dice *no?* Imposible.... ¿Pero es seguro? ¡Qué eposodio!....»

Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama. I en el caso de Micaelita, al par que drama, fué logogrifo. Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa.

Micaelita se limitaba a decir que había cambiado de opinión i que era bien libre i dueña de volverse atrás, aunque fuera al pie del ara, mientras el *sí* no partiese de sus labios. Los íntimos de la casa devanábanse los sesos, emitiendo suposiciones inverosímiles. Lo indudable era que todos vieron, hasta el momento fatal, a los novios, satisfechos i amarteladísimos, i las amiguitas que entraron a admirar la novia engalanada minutos antes del escándalo, referían que estaba loca de contento, i tan ilusionada i satisfecha, que no se cambiaría por nadie. Datos eran éstos que contribuían a obscurecer más el extraño enigma que por largo tiempo dió pábulo a la murmuración, irritada con el misterio i dispuesta a explicarlo desfavorablemente.

A los tres años, cuando ya casi nadie iba acordándose del sucedido de las bodas de Micaelita, me la encontré en un balneario de moda, donde su madre tomaba las aguas. No hai cosa que facilite las relaciones como la vida del balneario, i la Señorita de Aránguis se hizo tan íntima mía, que una tarde, paseando hacia la iglesia, me reveló su secreto, afirmando que me permitía divulgarlo, en la seguridad de que explicación tan sencilla no sería creída por nadie.

—Fué la cosa más tonta.... De puro tonta no quise decirla; la gente siempre atribuye los sucesos a causas profundas i trascendentales, sin reparar en que a veces nuestro destino lo fijan las niñerías, las *pequeñeces* más pequeñas.... Pero son pequeñeces que significan algo, i para ciertas personas lo significan todo. Verá usted lo que pasó i no concibo que no se enterase nadie, porque el caso ocurrió allí mismo, delante de todos; sólo que no se fijaron, porque pasó realmente en un decir Jesús.

Ya sabe usted que mi boda con Bernardo de Meneses parecía reunir todas las condiciones i garantías de felicidad. Además, confieso que mi novio me gustaba mucho, más que ningún hombre de los que conocía i conozco; i creo que estaba enamorada de él. Lo único que yo sentía era no poder estudiar su carácter: algunas personas le juzgaban violento, pero yo le veía siempre cortés, deferente, blando como un guante, i recelaba que adoptase apariencia destinada a engañarme i a encubrir una fiera de avinagrada condición. Maldecía yo mil veces la sujeción de la mujer soltera, para la cual es un imposible seguir los pasos a su novio, ahondar la realidad i obtener informes leales, sinceros, hasta la crudeza—los únicos que me tranquilizarían.—Intenté someter a varias pruebas a Bernardo, i salió bien de ellas; i su conducta fué tan correcta, que llegué a creer que podía fiarle sin temor alguno mi porvenir i mi dicha.

Así, llegó el día de la boda. Apesar de la natural emoción, al vestirme el traje blanco, reparé una vez más en el soberbio volante de encaje que lo adornaba, i era regalo de mi novio. Había pertenecido a su familia aquel viejo Alençon auténtico, de una tercia de ancho—una maravilla—de un dibujo exquisito, perfectamente conservada, digna del escaparate de un museo. Bernardo me lo había regalado, encareciendo su valor, lo cual por cierto llegó a impacientarme, pues por mucho que el encaje valiese, mi futuro debía suponerse que era poco para mí.

En aquel momento solemne, al verlo realzado por el denso raso del vestido, me pareció que la delicadísima labor significaba una promesa de ventura, i que su tejido tan frágil i a la vez tan resistente prendía en sutiles mallas dos corazones. Este sueño me engreía cuando eché a andar hacia el salón, en cuya puerta me esperaba mi novio. Al precipitarme para saludarle llena de alegría por última vez, antes de pertenecerle en alma i cuerpo, el encaje se enganchó en un hierro de la puerta, con tan mala suerte, que, al quererme soltar, oí el ruido peculiar del desgarrón, i pude ver que un jirón del magnífico adorno colgaba sobre la falda. Sólo que también vi otra cosa: la cara de Bernardo, contraída i desfigurada por el enojo más vivo; vi sus pupilas chispeantes, su boca entreabierta ya para proferir la reconvención i la injuria. No llegó a tanto, porque se encontró rodeado de gente; pero en aquel instante fugaz se alzó un telón i apareció desnuda una alma.

Debí de inmutarme; por fortuna, el tul de mi velo cubría el rostro. En mi interior, algo crujía i se despedazaba; el júbilo con que atravesé el umbral del salón, se cambió en horror profundo. Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza i menosprecio que acababa de sorprender en su rostro; esta con-

vicción se apoderó de mí, i con ella vino otra: la de que no podía, la de que no quería entregarme a tal hombre, ni entonces ni jamás.... I, sin embargo, fuí acercándome al altar, me arrodillé, escuché las exhortaciones del Obispo.... Pero cuando me preguntaron, la verdad me saltó a los labios....

Aquel *no* brotaba sin proponérmelo; me lo decia a mí propia.... ¡pero que lo oyesen todos!

—¿I por qué no declaró usted el verdadero motivo, cuando tantos comentarios se hicieron?

Lo repito, por su misma sencillez. No se hubiese enterado. Preferí dejar creer que habia razones de esas que llaman serias....

EMILIA PARDO BAZÁN.

JUNTO A LA CUNA

Aquella noche parecía interminable.

El viento gemía afuera como mendigo friolento que busca abrigo. Dentro la alcoba a media luz, las sombras replegadas en el tapiz del muro i la veladora lánguida mandando efluvios azules que caían como lampos de consuelo sobre las colgaduras blancas de la cuna, en la que el ángel del hogar, el último vástago de un amor inmenso, luchaba con la muerte.

Majestuosa como una virgen helénica i doliente como la madre del crucificado, está la reina de la casa, la compañera de la vida. Vela, i vela angustiosa, reteniendo con los latidos de su corazón, con sus gemidos i con sus sollozos, aquella vida que quiere escaparse, llevándose un jirón de su alma.

De pronto, el silencio es interrumpido por un golpe de tos que sale de la cuna i se pierde en la estancia, después de haber repercutido en el pecho de la infortunada madre.

¡Oh, la tos, la tos! Durante el día, cuando el sol quiebra sus rayos de oro en los ramilletes de la alfombra i prende sus claridades en los florones del tapiz; cuando el bullicio llega hasta la estancia sombría, creciendo ó decreciendo, desde el piar del ave hasta los ruidos que el trabajo alza en los talleres; cuando la soledad ha huido i los lamentos hallan eco i las tristezas se disipan algo con la luz consoladora, aquella mártir del amor, aquella esclava del sentimiento reposa un poco, sin que su espíritu dé tregua al sufrimiento.

Pero de noche, en el aislamiento en que el dolor es más acerbo i la pena se agiganta con la sombra, no puede reposar ni un instante. Teme que la implacable robadora de vidas, oculta en el misterio, venga a helar aquella sonrisa angelical, a matar de un soplo despiadado aquella mirada en la que se refleja un edén de esperanza.

Cuando el cuerpo de aquella matrona augusta se inclina ante la cuna para besar al niño enfermo, parece una estatua sepulcral asida a una tumba blanca.

Cuando llora inconsolable, i su llanto cae sobre las colgaduras del pequeño lecho, huye la robadora de vidas i se detiene oculta entre las sombras que se han replegado en el tapiz del muro.

I así, en esa lucha en que se disputa un ser querido, en esa contienda en la que se dejan pedazos del alma, la madre hállase enferma también, agobiada por tanto i tanto sufrimiento.

No importa; ella quiere sucumbir antes que su hijo, quiere salvarlo i lo salva.

Pasa la noche; i un dia, el más alegre para el corazón de aquella madre, luce por fin.

El niño está aliviado i ella está en cama.

No importa; espera resignada a la implacable robadora de vidas.

No se escucha ya la tos del enfermito. En la cuna duerme tranquilo el ángel del hogar i la madre ve desde su lecho cómo sonríe, soñando, el fruto de su amor.

El sol prende sus rayos de oro en la alfombra i en el tapiz, rayos que alegran brillantemente la cuna.

La luz azul de la veladora cae sobre los blancos cortinajes cuando la noche llega, i el silencio sólo es interrumpido por el viento que gime.

LÁZARO PAVÍA.

BODAS DE ORO

La lluvia, cayendo sin violencia, mecía la casa con un repiqueteo rítmico i dulce que convidaba al sueño. Todo dormía, i en la alcoba, sobre el velador, la lamparilla continuaba ardiendo. Su mecha, ya carbonizada, enrojecía el tallado globo de cristal; una columnilla de humo denso subía por el tubo ennegrecido, i un resplandor suave, de un rosa pálido, bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo raso.

En medio de aquel gran silencio de la media noche, el acompasado *tic-tac* del péndulo del comedor llegaba hasta allí como el débil latido de la casa dormida; i en el lecho, entre el blancor de la colcha, de las almohadas, de las coquetas cortinillas de muselina, los dos abuelos continuaban despiertos.

Ambos estaban inquietos, febriles, nerviosos; excitadas sus infantiles imaginaciones por toda una polvareda de recuerdos felices, de cosas ya pasadas i lejanas, que, como una alegre bandada de mariposillas blancas, parecían aletear allá en las espesas sombras en que dormían sus gastados cerebros de viejecillos octogenarios.

¡Cómo! ¿conque era verdad? ¿conque hacia cincuenta años de la primer noche de bodas?....

Se admiraban, se aturdían ante ese loco correr del tiempo que todo lo echa abajo. En medio del derrumbamiento de todo lo demás, la época plácida i feliz de sus amores resurgía como un ensueño de entre aquel pasado ya vuelto escombros. Arrastrados por los recuerdos creían ver de nuevo el jardín donde se daban cita, el verde limonero a cuya sombra cambiaron el primer beso. Luego, aquella mutación lenta i sucesiva operada en el amor, mostrándolo en todas sus diversas fases, hasta transformarlo en su misma esencia, en un amor espiritualizado, ya libre de pasiones i de deseos, acababa de asombrarles. ¡Dios mío, cuánto cambio en aquella mitad de siglo transcurrido!....

Se interrumpieron: la llama de la lamparilla osciló. En el rojizo resplandor que poco antes bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo raso, hubo una última contracción, un supremo espasmo en que la luz pareció fundirse. Todo quedó en sombras.

I entonces, en la obscuridad, bajo las cobijas, ante aquellos recuerdos de antaño que ellos vislumbraban allá en sus gastados cerebros, los dos abuelos se abrazaron llenos de emoción. Una necesidad de confesarse mutuamente sus pensamientos, de volverse a contar todas las impresiones recogidas ese gran dia i evocadas esa noche, los dominaba. Los detalles íntimos, los menores incidentes de la boda desfilaron uno a uno.

—¿Recuerdas qué noche hizo, Luisito?

—¡Sí, Rosita; bastante fría, pero no tanto como ésta!

—A ti me parece verte, toda de blanco i cubierta de azahares. ¡Si parecías un ángel!

—Recuerdo que, después, ya vueltos de la iglesia, bailamos un *minué*.

—¿I cuando nos hallamos los dos solitos, frente a frente, en nuestro dormitorio?

—¡Ah!....

—¡Te besé en los ojos!....

—Sí....

—Tú estabas ruborizada, ¡no querías!....

—¡Tonto!

I siempre así, en medio de la densa obscuridad que los envolvía, bajo aquel repiqueteo rítmico i dulce con que la lluvia parecía mecer toda la casa, ambos seguían charlando, quedo, mui quedo, junto al oído, como dos novios. Después, sus vocecitas, sus cuchicheos, sus risillas picarescas de chicuelos precoces, fuéronse debilitando gradualmente. Las frases quedaban sin terminar, los intervalos se hacían más largos. De pronto enmudecieron. I entonces, dos ronquidos prolongados, llenos de calma, resonaron en la alcoba fría, somnolienta, poblada de sombras.

Se habían dormido.

JUAN PICÓN OLAONDO.

LOS CELOS DE NINON

NINÓN, que volvía del baile, cerró de un golpe la puerta de su *boudoir*, despidiendo malhumorada a la somnolienta doncella que la aguardaba para desnudarla.

La *poupée*, como cariñosamente la llamaban sus cortesanos, traía el rostro encendido por ardiente cólera, sus deditos temblorosos i torpes arrancaban las joyas i adornos que engalanaban su figurita de biscuit, abandonándolos por el suelo, i un ramo de rojas margaritas caía también i era pisoteado sin piedad por el piesecito de Cenicienta que tenía Ninón, la *poupée*, como la llamaban sus cortesanos.

En enaguas i en corsé, sentóse ante una pequeña mesa de palo-rosa, i pasando las manos por sus cabellos que caían en rizadas ondas de oro, quedóse pensativa.

Breves instantes permanece muda, pero luego dice:

—Bah!, que no me quiera, i qué? Que se va con otra, i qué? Acaso faltan hombres?

I una contracción nerviosa de suprema angustia se dibuja en su carita de ángel caído i se lleva á los labios una copa de champagne que bebe con avidez; i vuelve a pensar, i vuelve a beber, i al dar fin con una botella de rico champagne «Cordon Rouge» ya su cerebro desvaría, ya sus ojos glaucos se empañan, ya su lengua se torna pastosa i un intenso sentimentalismo se apodera de la mundana.

—No, mentira, yo le quiero; si él aceptase, nos iríamos a vivir lejos, mui lejos, a orillas de un río; yo sería para él una mujercita amante i juiciosa; yo por él me regeneraría i lo tendría siempre prisionero entre la jaula de mis brazos, i luego juntos, mui juntitos, vagaríamos por horas enteras contemplando cómo se aman las flores, cómo se aman las aves, cómo se aman las estrellas.—Pero no, él no me quiere, él quiere a otra, i me abandona, i me desprecia, i mi alma que para todos fué de hielo, se deshiela para él, porque él supo engendrar con sus palabras de fuego, cariño; para él que supo despertar mi alma.

I dos lágrimas candentes ruedan por sus mejillas des-

coloridas por los excesos, i sus manos temblorosas vuelven a escanciar champagne i más champagne.

I al cabo de un rato, borracha, completamente borracha para olvidar penas, se mira ante un espejo, i sus ojos se incendian al contemplar su mórbida belleza, i sus deseos cabalgando en rápido pensamiento van en busca de Ricardo, su ex-amante, i sus venas azules se hinchan, i sus uñas rosadas se clavan en sus carnes de raso.

Un traspiés la hace caer i prorrumpe en sonora carcajada, sumiéndose inmediatamente en profundo sueño i dejando en descubierto sus dombos que parecen de marfil i que oscilan blandamente, como las olas que movidas por apacibles auras van a morir en la cercana orilla.

Dos aristocráticas orquideas que quedaron abandonadas sobre la mesa, cuchichean alegremente i se burlan de la borracha, i un rayo rubio del sol que amanece se cuela por el ojo de la cerradura i atrevido curiosea a Ninón la mundana, la *poupée*, como sus amigos la llamaban.

CASIMIRO PRIETO COSTA.

EL ROMANCE DE UNA OBRERA

De la ventana sólo podían ver los techos de las demás casas i un pedazo de parque con árboles raquíticos bajo los cuales fumaban sus pipas i dormitaban, como lagartos, los viejos vagabundos del miserable barrio. Al fondo la gran ciudad, los balcones llenos de flores, las cúpulas de oro que hería el sol de verano, largos

cordeles negros donde secaban ropas las lavanderas i la galería de zinc i cristales ahumados de una estación donde las locomotoras roncaban sus adioses i silbaban sus bienvenidas.

Rosa trabajaba en la máquina. Sus diez i seis años doblados sobre la camisa a medio acabar, cosiendo puños mientras la imaginación velaba construyendo ideales escenas donde se veía ella, reina i amada, de rubias trenzas i mirada soñadora.

La madre, la rumana, de ojos enfermos, callaba en un sillón, en aquella miseria de último piso, donde la estufa de hierro irisaba i el lecho ancho parecía una hermosa azucena.

Tres años antes, el trasatlántico, de bandera alemana, las arrojó en medio de la vida, el padre husmeó, luchó, las garras de la gran ciudad lo derribaban, cada hospital parecía reclamarlo, i en aquellas largas noches sin pan ni fuego, el buen hombre cerraba los ojos pensando en su casita de París, en su jardincito de la calle de Rousseau, vendido para combatir la horrible pálida, la desolada visión de la muerte.

I emigró; pero como allá, el infeliz indagaba, pedía, su corpachón honrado rozaba tímidamente las rejas de las oficinas i en su mirada de solicitante había una chispa de orgullo que lo sostenía.

Era un buen orfebre. Sobre el diamante su buril tallaba finamente, sus ojos copiaban las luces extrañas de las piedras i en íntima fiebre pulía la joya que había de palidecer en los senos de las hermosas: una casa francesa le ofreció un puesto, i abandonó llorando a sus dos seres amados.

La rumana recibía carta tras carta; pero nunca dinero. El honrado orfebre ganaba tan sólo su sustento, i entonces fué cuando Rosa, ángel de amor, trabajó de día en el enjambre de los talleres i de noche a la luz lívida del gas,

para conseguir el sombrerito de pluma tirolesa que ansiaba en su coquetería de virgen.

Sus mejillas eran siempre rosas, sus ojos tenían siempre luz, i a sus labios las sonrisas venían como olas gemelas.

Un día Rosa, de vuelta del taller, lloró mucho en brazos de su madre: Amor—le decía—he sido despedida del taller tan sólo porque no visto como las demás obreras!

I la madre miraba el anaquel donde el pan mermaba i los vegetales carecían; pero besó la frente pura de la doncella i escondió lágrimas que caían de sus ojos enfermos.

«Vendréis a París, amadas mías;—escribía el padre—antes que la nieve caiga volveremos á recordar amores en nuestra casita de la calle de Rousseau.»

I con esta esperanza Rosa levantó el busto turgente de su perfumada juventud i gritó: lucharé!

Al día siguiente mil obreras de donde Rosa era empleada rehusaban trabajar mientras el obrero de nariz de buho no restituyera el salario a la niña despedida, i cansadas de la opresión exigieron tenazmente i con valentía!....

Hoi, lejos, en el pisito alegre, en la calle de Rousseau, la rumana ciega i anciana, es feliz. Rosa, libélula dorada, viste como una niña del gran mundo i el obrero de los diamantes lleva sobre su chaleco de ante amarillo la gruesa serpiente de oro de donde pende su reloj!....

Francisco García Cisneros

MIGNON

Era una pequeña árabe, a quien llamábamos Mignón, por su aire nostálgico.—Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche i llanto a todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha. Estaba mui flaca i mui pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se escapaba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, mui abiertos, como si la escuálida agarena quisiera, antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino a Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos i micos. Allá, lejos, mui lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo i un puñado de dátiles. Vivía mui triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, i el aduar con sus tiendas, su bullicio i sus cantos. Todo le recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un cuarto con osos i monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después, se acostumbraron a verla, i ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.